

PRÓLOGO

La pequeña pedagogía de un gran maestro

Jesús Romero Morante y Aida Terrón Bañuelos

(Universidades de Cantabria y Oviedo)

... Las relaciones entre la teoría y la práctica en la profesionalidad docente, he ahí la cuestión que absorbe la reflexión del autor. Asunto complejo porque, como él mismo se encarga de aclarar, entre ambas no media un solo camino (sería entonces muy sencillo), sino un amplísimo espacio “que puede transitarse de múltiples maneras, las cuales dependen, y a la vez determinan, relaciones diferentes con los saberes de la teoría y los quehaceres de la práctica”. En esta obra Rozada nos cuenta cuál fue el suyo.

[...]

Como disciplinadamente haría cualquier naturalista decimonónico, Rozada documenta en cuadernos, fichas, esquemas, síntesis de clases, actas de reuniones... cada pensamiento, cada idea, cada reflexión, cualquier movimiento de su acción en la situación exacta en que se da, sin que nada importante e incluso nada aparentemente trivial se le escape. Esa es la receta para “formarse como profesor” que propone alguien a quien repugnan las recetas: la imperiosa e inexcusable necesidad de “escribir sobre lo que uno piensa y hace profesionalmente”, la paralela de “hablar en contextos exigentes acerca de lo que se hace” y, en definitiva, de “leer, escribir y reflexionar como senda idónea para formarse como profesor”. A través de esa senda, y gracias al registro reflexivo metódico que posibilita, pudo dejar él mismo atrás un “antes” “cuando aún era, como profesor, lo que era como persona”; es decir, un bienintencionado y comprometido maestro progresista de su época guiado por algunos principios pedagógicos básicos (“abandonar el memorismo, introducir la enseñanza activa, estudiar el entorno y adaptarse al desarrollo evolutivo de los alumnos”). De esa situación de partida –“cuando ocurría que entre mi pensamiento como persona y mi acción pedagógica no mediaba conocimiento académico alguno acerca de la enseñanza”– no llega Rozada a una predilección por lo teórico per se, sino a afirmar “el componente práctico que lo teórico tiene para un docente”. Un bagaje éste con el que, en los “artesanos talleres de una pedagogía crítica”, se pueden ir asentando grupos de trabajo “encaminados a fundamentar lo más amplia y profundamente posible aquello que se fuera a hacer en el aula”, tarea que deben tomar en sus manos los propios docentes para romper con el profesor alienado, desprofesionalizado.

[...]

Los glosados son algunos de los ejes discursivos que retratan a su autor. Y que se erigen como las piedras angulares sobre las cuales se sostiene la original estructura de este volumen, tan distinto de las memorias al uso. Si se nos permite la licencia, semeja una cadena enlazada de matrioskas, esas muñecas tradicionales rusas que albergan en su interior otra dimensión de sí mismas. De manera análoga, en las vivencias relatadas, que tejen la “capa” externa de la autobiografía, anida la verdadera savia de estas páginas: el proceso de construcción de una sólida sabiduría profesional.

[...]

Cabría decir que la figura de Rozada es singularmente emblemática y emblemáticamente singular. Antes de avanzar en esta ocurrencia, conviene insistir en que no nos estamos refiriendo a las peripecias y tribulaciones vitales rememoradas, sino a esa otra dimensión en la cual el autor, con su mayor empeño, nos invita a adentrarnos: la del pensamiento y la práctica (reflexionada) que han definido su quehacer docente. Desde esta óptica, su devenir profesional es emblemático en tanto que representativo de una fracción importante de los maestros y profesores que, en España, ingresaron en el oficio de enseñar en los años finales del franquismo (Rozada lo hizo en 1968) y durante la transición. Hablamos de fracción porque la idea de “generación” tiene mucho de generalización abusiva. Hablamos de fracción importante no en términos absolutos sino comparativos. Debido a lo extraordinario de la coyuntura y a la movilización social, una porción no trivial de aquellos enseñantes prolongó su activismo político y/o

sindical en una identidad docente cimentada sobre un “compromiso fuerte” con la mejora de la escuela. Sin ir más lejos, nuestro protagonista fue miembro fundador de la Plataforma Asturiana de Educación Crítica y estuvo vinculado desde su génesis a la Federación Icaria. Ese compromiso les implicó en las luchas por hacer de esta institución un espacio genuinamente público, inclusivo; por elevar la racionalidad y la justicia de las prácticas pedagógicas; por impugnar, en fin, la concepción bancaria, clasificatoria y desvitalizada del conocimiento escolar en aras de un uso democrático y cívicamente relevante del mismo. Aunque trufado a veces de ciertas dosis de idealismo mesiánico, ese compromiso y los desempeños consiguientes les permitieron atesorar una sabiduría profesional muy rica que, lamentable y dramáticamente, corre el riesgo de perderse a medida que se van jubilando. Siquiera por ello, este libro debería ser de lectura recomendada en las Facultades de Educación.

Pero no es esa la única razón para sugerirlo. Tampoco la principal. La que encabeza la lista sería, precisamente, la singularidad de su autor. Una singularidad que nace de sus continuos esfuerzos por apropiarse reflexiva y críticamente de su práctica, y compartir con otros sus dudas y sus certezas. Repárese en que, además de maestro, Rozada ha tenido responsabilidades en la formación inicial y permanente del profesorado desde fecha temprana: como colaborador del ICE de la Universidad de Oviedo, como Asesor del Centro de Profesores de esta ciudad y como Asociado del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad citada.

[...]

Una singularidad que cristaliza en un pensamiento potente, amén de complejo, articulado en torno a un tema recurrente: el de las relaciones entre teoría y práctica. A su pluma le debemos algunas contribuciones ciertamente valiosas al respecto, sin duda tributarias del debate previo existente, pero no carentes de “imaginación creativa” para replantearlo sobre nuevas bases. Estamos aludiendo, por ejemplo, al fino y perspicaz análisis, realizado en los años 90, de las múltiples e inciertas intersecciones que pueden darse entre el conocimiento académico, la conciencia ordinaria y la actividad práctica. O a la manera en que enriqueció con posterioridad ese útil esquema al objeto de enfrentar la difícil relación “directa” entre teoría y práctica, argumentando una idea que se nos antoja tan original como enjundiosa: la necesidad de una teoría y una práctica “de segundo orden”, dispuestas a dialogar entre sí en un terreno fronterizo entre la Academia y el aula, desbrozado a partir de un proceso continuo de estudio, reflexión y acción, dentro del cual el docente podría reconstruir críticamente su experiencia y su saber profesionales y edificar su “pequeña pedagogía”.

Los frutos de la razón son inherentemente históricos. Pero no son forzosamente reductibles a la historia. A pesar de que las circunstancias concurrentes estén cambiando, las preguntas e inquietudes que dieron pie al pensamiento de José María Rozada Martínez siguen siendo tan válidas como apremiantes. Y, a nuestro juicio, muchas de sus respuestas también. Animamos a comprobarlo. (pp. 23-26)